FF 50 266

Buenas noches, pues aquí nos tenéis de nuevo, en esta sintonía que da paso, como siempre, a Revista de Filosofía. Un programa de la Facultad de Filosofía de la UNED que coordinan Francisco José Martínez y Antonio García Santes Masies y que os acompaña desde Radio Nacional de España durante aproximadamente 25 minutos, todos los miércoles a esta misma hora. Vamos a seguir hoy con la segunda parte del programa que iniciábamos la pasada semana, para comentar un número extraordinario de la revista Sistema.

Un número que se ocupó de un coloquio que tuvo lugar en Madrid hace varios meses sobre el futuro del Estado. En este coloquio participó, comentando sobre la izquierda y el Estado, Antonio Santes Masies, uno de nuestros coordinadores. De este tema hablamos el pasado miércoles, en el que se acabó tratando también sobre las dificultades de una política transformadora en países con economías internacionalizadas y con esto mismo vamos a comenzar hoy.

Vamos a hablar del ejemplo francés y de las relaciones norte-sur. Están aquí, como ya hemos dicho, Antonio García Santes Masies y Francisco José Martínez. Buenas noches a los dos.

Buenas noches. Pues seguimos con nuestro amigo y compañero Antonio García Santes Masies comentando este número extraordinario al que aludíamos la semana pasada, de la revista Sistema, número 118-119, titulado El futuro del Estado y que se publicó en marzo del 94. Uno de los temas que planteamos la semana pasada y que no desarrollamos, podemos empezar por él, es la cuestión de las dificultades con que se puede encontrar una política transformadora, una política que intente introducir reformas estructurales en países o en economías tan interpenetradas, tan interconectadas, tan mundializadas, como decimos ahora, como pueden ser las economías de nuestro entorno.

Planteábamos el caso francés. En aquel momento ellos pensaban que Francia, que era y sigue siendo una gran potencia, tercero, cuarto, quinto país industrial del mundo, con una gran autonomía bancaria, industrial, tecnológica, etcétera. Ellos pensaban que podrían hacer una política de tipo económico, en plan keynesiano, digamos, para favorecer la demanda, apoyar la subida del nivel de vida de las clases populares, etcétera.

Y se encontraron que en esa economía, incluso la francesa, tan ya interconectada, pues digamos el desarrollo de la industria nacional y del consumo de bienes nacionales que tenía que haber seguido al aumento del poder adquisitivo de las clases populares, pues no se produjo, porque precisamente gran parte de este poder adquisitivo se dedicó a comprar productos de importación. Entonces, claro, nos encontramos con las dificultades de lo que se ha podido llamar, no ya la marcha de socialismo en un solo país, sino incluso hasta el keynesianismo en un solo país. Claro, esto que se vio en el año 81-83, en el primer gobierno de Morúa, pues claro, es obvio que casi 10-12 años después es mucho más evidente.

Entonces, las dificultades de hacer una política económica independiente, o si no independiente, al menos un poco autónoma dentro de los contextos de la unidad europea y en general del mercado mundial, pues son enormemente difíciles. ¿Qué impacto, qué consecuencias puede tener esto para la intervención, desde un punto de vista izquierda, en el control del Estado y en el dominio del Estado? Es decir, ¿qué margen de maniobra tiene la izquierda cuando llega al poder para hacer una política económica distinta? Sí, yo ahí en este artículo de la revista Sistema trato de analizar el problema a partir de la reflexión de algunos autores, uno especialmente interesante para mí que es Mitchell Harrington, en su obra Socialismo pasado y futuro, donde él, que había estudiado también la experiencia francesa, cuenta, yo creo que con gracia, refiriéndose a esto del reformismo en un solo país, la reflexión de Harrington dice, las demandas del nuevo socialismo serán internacionalistas o el nuevo socialismo fracasará. Esto significa que no puede haber socialismo en un solo país en un momento en que las estructuras económicas y sociales del mundo se internacionalizan cada vez más.

Paul Henry Spak, el socialista belga, una vez hizo el comentario amargo de que la única cosa que los socialistas habían nacionalizado alguna vez era el propio socialismo. Si este juicio se mantiene en el siglo XXI, entonces el socialismo estará acabado y merecerá estarlo. ¿Y por qué? Bueno, pues él ahí, en el estudio que él hace, que dedica bastantes capítulos esos, incluso referencias, porque él tiene un trabajo muy bonito sobre el caso francés, hecho en el año 85, 86, dice la socialdemocracia que Inesiana descubrió formas de mejorar, pero no de acabar con las desigualdades en el seno de la sociedad capitalista avanzada.

El nuevo socialismo debe convertir en una de sus más importantes prioridades la erradicación de la sistemática desigualdad planetaria. Eso, como Brandt comprendió correctamente, no es sencillamente un deber moral. También crea una nueva base para la expansión del norte.

Es un elemento de la próxima estructura social de acumulación a través del compromiso de acabar con la pobreza del sur. Entonces, claro, aquí nos encontramos en el debate trascendiendo la experiencia francesa que cada vez ha sido más relevante, yo creo, después de ver la experiencia de finales de los ochenta y sobre todo después de la caída del muro de Berlín. Es decir, Europa, entendiendo ahora por Europa, la Europa de posguerra que logró crear un cierto compromiso social, cierto consenso entre el Estado, el mercado, entre lo que eran las fuerzas empresariales y los sindicatos, esa Europa logra universalizar su modelo o, dicho de una forma pedagógica, esquemática, el mercado mundial logra universalizar sus reglas y entonces acaba con el modelo europeo.

Es decir, ahí es donde está la enorme dificultad porque, claro, no es sólo cuando Brandt empezó a pensar esto en el año setenta y seis, la Comisión Norte-Sur, la perspectiva de cómo se podía lograr esa expansión, ese compromiso entre el norte y el sur, ese desarrollo compartido. Es que, claro, ya hoy, como se dice de esa forma un poco periodística, el antiguo este es el sur. Es decir, es que si las empresas transnacionales no tienen ningún control desde el punto de vista del Estado, pues entonces vamos a una situación donde sólo cabe o bien el

dumping social.

Es decir, la idea de que las empresas siempre serán aquellos lugares donde tengan menos garantías laborales, donde tengan menos derechos los trabajadores, donde tengan menos peso los sindicatos o, por el contrario, visto desde la perspectiva no de las conquistas del norte que se pierden por extender el capital hacia el sur, sino desde la perspectiva del sur. Si no dejamos, la otra perspectiva es el proteccionismo, si no dejamos que penetren esos productos, pues al final, pues claro, o penetran los productos o penetran los hombres, pero lo que no se puede es decir, esas zonas del planeta que se queden sin ninguna posibilidad de entrar en el mercado mundial. Bueno, pues es que si no entran las mercancías, entrarán los hombres y entonces entramos todo el problema de la Europa fortaleza, de la Europa que se cierra sobre sí misma.

Este es el problema. Entonces es un problema cada vez más complejo de cómo se puede lograr un nuevo internacionalismo, porque lo que sí queda claro es que no hay manera de plantear los grandes problemas que hoy tiene la humanidad, los cinco o seis grandes problemas, el problema ecológico, el problema de la relación entre revolución tecnológica y empleo, el problema de las conquistas sociales, las garantías laborales, el papel del Estado frente al mercado, el problema de los derechos de los trabajadores sin intentar de alguna forma combatir esa universalización de un mercado capitalista en reglas, pero ¿desde dónde se hace eso? Pues eso exigiría o un movimiento obrero a nivel internacional muy fuerte, que tuviera una capacidad de ser contrapeso real de las multinacionales, o exigiría unas instituciones de tipo supranacional que tuvieran esa voluntad política. Pero claro, esas dos cosas, como vemos, están hoy muy puestas en cuestión.

Pero lo que es evidente es que esto plantea un reto enorme a lo que han sido las perspectivas por recordar el título de mi artículo de la izquierda del Estado. Es decir, aquí recogía yo una frase de Brandt, donde Brandt dice, un renovado liberal, dice refiriéndose a Ralph Dardendorf, anuncia el fin del siglo socialdemócrata, porque la misión de la socialdemocracia, el asentamiento de la democracia, el Estado, el bienestar, ya se ha cumplido en los países desarrollados. No menciona que estos países siguen siendo la excepción en un mundo dominado por el autoritarismo, la injusticia social y la escasez.

Claro, es que son la excepción, y entonces eso que es la socialdemocracia es un lujo para los países ricos, para el reto europeo, es algo que se puede trascender. Se ha terminado ese siglo, claro, de alguna forma, algunos dicen, se ha terminado, porque ya vamos a un modelo donde eso no podrá sobrevivir en una economía mundo donde ni siquiera esas garantías que se dieron en esa zona se podrán preservar, o se logrará expandir el modelo, pues ahí es donde están algunas de las interrogantes. Y ahí esto nos plantea otro tema, o un tema conectado con este, que hemos analizado una vez, pero que es un elemento esencial para esta misma cuestión, que es hasta qué punto se puede mantener o se puede decir que un sistema político es democrático si, digamos, los ciudadanos no tienen una mínima estabilidad ocupacional, no tienen unos mínimos derechos sociales, económicos, si sólo tienen derechos políticos.

El problema es que hemos visto, y eso es una ventaja respecto a los años 70, la extensión a todo el mundo prácticamente del modelo democrático como el único modelo posible. Ahora bien, el problema que encontramos es que el modelo democrático, para que funcione bien, al menos tal como ha funcionado en Europa, incluso en América, en el norte del planeta, ha funcionado también con unos mecanismos de seguridad social, unos mecanismos de protección a todo el pueblo, es decir, a todas las clases, hasta las más desprotegidas. Entonces, claro, si solamente se extiende mundialmente las estructuras de derechos políticos formales, y no va unido a esto también una especie de garantía laboral, es decir, esa especie de compromiso, que es lo que se llama el compromiso social demócrata.

Ustedes los capitalistas invierten y dirigen la economía, pero a cambio nos aseguran dos elementos. Primero, democracia política, y segundo, seguridad social y protección a los individuos. Entonces, claro, si esta segunda pata, el elemento social, el elemento de defensa de los trabajadores y de las clases populares no se mundializa también, pues claro, la bomba, la espoleta está puesta.

Ese punto está planteado, a mí me parece, de una forma muy lúcida, por el último Billy Brandt, al plantear la perspectiva que él veía ya en sus memorias, cuando ya dice, bueno, yo me he dedicado a esto 12, 13 años, y de pronto veo que qué ha quedado de toda esta idea de un desarrollo compartido, ¿no? Una apuesta de un desarrollo compartido respetuoso del medioambiente, que incorporar las inmensas mayorías del sur, que generalizar el protagonismo político de todos los pueblos a través de la democracia, pero que a la vez permitiera un desarrollo económico donde se pudiera dar eso. Y entonces aquí es muy interesante cómo Brandt en un momento determinado dice en sus memorias, al hablar, al recordar aquello, dice, estaban aquellas propuestas escritas en el viento, nos habíamos equivocado en lo tocante a su posibilidad de realización, o no habíamos ponderado suficientemente ciertos factores como la explosión demográfica. En cualquier caso, las relaciones Norte-Sur no mejoraron, y en los 80 incluso empeoraron aún más.

La característica de los años 80 fue el fracaso o la ignorancia de todos los esfuerzos por conseguir un diálogo constructivo entre el Norte y el Sur. Las llamadas negociaciones sobre los gobales bajo el manto de Naciones Unidas se evaporaron en la nada. La mencionada cumbre Norte-Sur de Cancún en 1981 fue un episodio sin continuidad.

Tan solo unos pocos países destacados del tercer mundo estuvieron en condiciones de obtener algunas concesiones en negociaciones bilaterales. En cambio, la gran mayoría de los países en vías de desarrollo tuvieron que aceptar que no podían influir sobre las reglas del juego internacional y que éstas se endurecían aún más en perjuicio suyo. Claro, esto es tremendo, porque esto recuerda, hablábamos antes de la obra de Lipset, del hombre político, como incluso Lipset dice dentro de las sociedades avanzadas, él llamaba a sociedades y industrias avanzadas, al haber garantizado los derechos de ciudadanía que había un socialismo reformista.

Pero en aquellos lugares donde todo esto no es posible seguirá habiendo socialismos revolucionarios. Bueno, aquí se podría decir nacionalismos revolucionarios o cualquier término, pero lo que es evidente es que el sistema, como tú decías, de legitimación de las instituciones democráticas sólo se ha dado cuando se ha producido unido a unas garantías en el campo de derechos sociales, de derechos económicos, no sólo de derechos políticos. Claro, esto en la perspectiva de que solamente quedan las reglas de juego de un mercado internacional que no permite esa especie de contrapeso del campo social o del campo político, pues hace muy peligroso esas bases de apoyo en esos países.

Pero yo creo que la diferencia con otras décadas es que ahora la gente ya se ha dado cuenta de que ese problema, el problema de decir, tengamos democracia, tengamos bienestar, tengamos solidaridad en el norte, mandemos al sur a la miseria, a la marginación, a la falta de democracia, una democracia que no se legitima, ya no cabe plantearlo de la misma manera. Porque ya hoy, yo recojo también una frase de Santiago Carrillo cuando él dice, los problemas de las clases trabajadoras del mundo desarrollado ya no tendrán solución si su enfoque no se enlaza con el de los problemas del mundo subdesarrollado. La interrelación entre unos y otros está ahí, aunque haya políticos y ejecutivos que no quieran verla.

Ya no pueden establecerse, dice, no, al revés, ya pueden establecerse restricciones a la inmigración, podrían incluso construir un muro electrificado que rodea al mundo rico, protegiéndolo del mundo pobre. Nada podrá evitar el desplazamiento de poblaciones, las inmigraciones masivas, mientras el mundo desarrollado no se plantee seriamente ayudar al desarrollo y a la igualación progresiva del mundo pobre. Porque, claro, ¿cómo lograr evitar eso? Y si no lo puedes evitar, pues aquí, por ejemplo, una de las personas, economistas españoles que estudia más esto que el Club de Sebastián, él plantea el asunto al decir, no sería bueno tampoco un avalanche de inmigrantes tan grande que nuestra sociedad no pudiera absorber y aceptar sin provocar fenómenos de rechazo como la agresión a los extranjeros, movimientos neonazis y racistas en cualquier pelaje.

También hay que tener en cuenta que la situación del mercado de trabajo nacional y no introducir un ejército de reserva de ciudadanos dispuestos a trabajar por cualquier cosa. Es que eso se está produciendo. Es decir, vemos zonas donde la gente que las inmigraciones provoca, incluso gente que puede cobrar el seguro de desempleo no está dispuesto a trabajar y son gente de fuera la que lo hace.

Entonces, claro, ahí estamos entrando en un nivel de una dificultad extraordinaria. Es decir, por un lado, unas sociedades capitalistas avanzadas que mandan a un tercio de la población a la exclusión y, por otro lado, unos trabajadores inmigrantes que penetran porque prefieren, por muy malas que sean esas condiciones laborales, eso a la pura hambruna o la pura miseria que tienen en el sur. Entonces, ahí, pues no es ya que digamos nosotros como ciudadanos del norte cómo vemos lo que ocurre en los países que viven la miseria del sur.

Es que eso ya se está provocando conflictos en el propio norte, bien a través de fenómenos

como el racismo, la xenofobia, bien a través de fenómenos como los controles de la gente que quiere emigrar, bien el problema de la Grupa Fortaleza. Todo eso es un problema que está ahí como un problema tremendo. Y, además, con otra consecuencia que es que, claro, en esta igualación que va produciendo el mercado mundial se produce una especie de igualación por abajo.

Es decir, de disminución de los elementos de protección en el centro. Y ahí, bueno, pues vemos, por ejemplo, la permisividad de las leyes sociales dentro de la Unión Europea en Inglaterra o en algunas partes de Inglaterra, etc. Es decir, que encima esta igualación que produce la mundialización de la economía es una puja hacia abajo.

No ya elevar a los países del tercer mundo del sur a unos niveles mínimos como los del norte, sino incluso a disminuir o a presionar sobre las conquistas del norte para adecuarlas a las del sur. Claro, esto supone, digamos, dentro del norte la ruptura del elemento, digamos, de acuerdo entre democracia y capitalismo que ha funcionado a lo largo de todo este siglo. Y, además, dentro del sur la desesperación.

Porque, claro, ya no hay una presión, por ejemplo, como ha pasado en la firma del TLC entre México y Estados Unidos. No ya que Estados Unidos exija la subida de sueldos en México para que no hagan dumping social a sus propias industrias, sino al contrario. Digamos el abandono de amplios sectores, por ejemplo, toda África, prácticamente toda África y gran parte de América Latina y de Asia a quedar fuera, marginados del mercado mundial.

Y, además, utilizarlos como dumping social para presionar a la baja las conquistas sociales de países en el norte, como por ejemplo Europa, que es la más avanzada, incluso Estados Unidos, algunos países de América Latina. Con lo cual, claro, la situación es trágica. Ahí está el problema fundamental.

Y ese problema de Estado y nuevo internacionalismo replantea lo que comentábamos en el programa anterior, al final. Es decir, el tipo de ciudadano. Porque, claro, si hablamos de internacionalismo de una forma puramente retórica, entonces, ¿qué es el internacionalismo? Claro, es decir, eso históricamente significaba que hasta tal punto se vivía la unidad de una clase que trascendía las fronteras que los sentimientos de pertenencia a una comunidad nacional eran de alguna forma trascendidos por la identidad entre intereses de clase de la gente de los trabajadores de cientos países.

Ya sabemos que todo eso, con la experiencia del siglo XX, es muchísimo más complejo y, bueno, los nacionalismos han seguido perviviendo. Pero, claro, el internacionalismo, para tener alguna viabilidad, además de necesitar que haya algún poder a nivel internacional del movimiento obrero o instancias de tipo supranacional que tengan en cuenta lo social y tengan en cuenta lo político, necesita un tipo de ciudadano que supere las identidades puramente nacionales. Y ahí es donde yo veo una enorme dificultad, porque yo veo que ahí el ciudadano que se ha ido construyendo, el ciudadano incluso del propio Estado del Bienestar, le ha costado mucho, cuando se ha producido la erosión de las bases sociales de apoyo al Estado del

Bienestar, hacerse cargo del excluido, del margenado, del parado.

Es decir, realmente ahí el capitalismo popular ha hecho estragos en los años 80. Y, claro, pensar que las personas que no han sido capaces de ser solidario con el excluido que tienen cerca, en su propio territorio, van a ser de pronto, no se sabe por qué, transformación moral. Gente capaz de ser permeable a lo que vive el otro, pero el otro ya más alejado, el otro que está en otras fronteras, el otro que penetra de una forma imprevista en nuestro propio territorio, yo lo veo enormemente difícil.

Es decir, eso significaría un cambio de las bases morales de apoyo al Estado del Bienestar. Es decir, que no solamente funcionara el elemento de cliente consumidor, de que yo le doy a usted tanto y usted me tiene que dar esto otro, sino que de alguna forma se tendría que volver a replantear el origen de aquello que, entre otras cosas, estaba vinculado a la experiencia de los años 30. Ya la idea de que una sociedad tan polarizada como la de los años 30, por ejemplo la sociedad alemana, pues había provocado fenómenos como el nazismo y como el fascismo.

Es decir, entonces se recupera un poco esa memoria histórica de ver cuál fue la razón última de buscar el acuerdo o seguirá una situación de polarización donde esa especie de ciudadano sin historia, sin pasado, puede ser un ciudadano extraordinariamente insensible a las reivindicaciones del otro y se puede producir no fenómenos sólo como el que llama Galbraith de las mayorías satisfechas, sino de mayorías que sean en un momento determinado fuertemente autoritarias. Sí, xenófobas. Bueno, pues dejamos aquí este tema invitando a nuestros oyentes a continuar escuchándonos la próxima semana.

Adiós, buenas noches y muchas gracias. Hasta luego, muchas gracias. Antonio Santes Mases, Francisco Martínez, buenas noches y gracias a los dos por lo que habéis comentado estas dos últimas semanas en torno al futuro del Estado.

El próximo miércoles os esperamos, como siempre. Y a vosotros también, gracias por estar aquí y hasta el miércoles a la misma hora. Os dejamos ya con Isabel Baeza y el curso de acceso.

Buena semana.